EL ESPAÑOL Y SUS SUEÑOS

Gustavo Martín Garzo

Hace un par de años un grupo de escritores fuimos invitados a Nueva York por la Junta de Castilla y León, con la idea de promocionar la cultura de esta autonomía. Permanecimos en esta ciudad cerca de una semana, y en los periódicos de nuestra tierra los actos en que participamos fueron reseñados con una generosidad y un entusiasmo sin límites. Cualquiera que leyera esos periódicos tendría que concluir que nuestro desembarco en tierras norteamericanas estaba siendo equivalente a un segundo descubrimiento. Sin embargo, nada más alejado de la verdad. Nadie asistía a las conferencias, en las que apenas había otro público que nosotros mismos, y, a pesar de que se contó con una excelente representación de escritores y todo se había preparado con riguroso esmero, lo cierto es que pasamos por Nueva York como sombras silenciosas.

Era mi primer viaje a esa ciudad y me llamó la atención la poderosa presencia cotidiana de nuestra lengua. Podías defenderte con ella en cualquier lugar al que quisieras o necesitaras ir. Camareros, empleados de hotel, comerciantes y hasta los vigilantes de los museos la hablaban con relativa normalidad. Es más, disfrutaban haciéndolo, lo que contrastaba con el hecho de que ninguno de ellos supiera gran cosa de nuestro país, ni de su cultura ni de su geografía o historia. Ni siquiera los hispanistas elegidos para presentarnos, lo que hicieron con gran generosidad y competencia, sabían gran cosa de nuestra literatura actual, y sus conocimientos se circunscribían básicamente a los escritores latinoamericanos y, más en concreto, a los de la generación del famoso *boom*. Conocían y daban sus clases en torno a García Márquez, Borges, Neruda o Cortázar, pero apenas habían oído nombrar a Javier Marías, Antonio Muñoz Molina o Enrique Vila-Matas. Había pues un inmenso abismo entre la difusión de nuestra lengua, como vehículo de comunicación, y el de nuestra cultura.

Ese abismo es algo que no he dejado de percibir en todos los viajes que he realizado como escritor fuera de nuestro país. Nuestra lengua goza de una excelente salud, pero apenas puede considerarse un factor de cultura. O dicho de otra forma, es un hecho poderoso de vida y de comunicación, pero no tanto de conocimiento. Influye en ello un retraso de años, por no decir de siglos. Alemanes y franceses no se han limitado a apoyar la expansión de su lengua, sino que se han preocupado de dar a conocer a sus pintores, sus músicos y sus escritores, considerando que el conocimiento de una lengua no puede ser completo sin dar noticia de los sueños o las obras que han producido sus hablantes. Nada de esto hemos hecho nosotros y vivimos en la paradoja de ver cómo, al tiempo que crece en el mundo el interés por nuestra lengua, el conocimiento que se tiene de nuestras canciones, nuestros poemas o nuestras películas sigue siendo muy escaso, por no decir prácticamente nulo.

Tampoco se apoya lo suficiente a los profesores de español. Asistí una vez en Alemania a una reunión de profesores, que se quejaban amargamente de no recibir apenas respuestas del Estado español a ninguna de sus demandas, a pesar de haber visto duplicado en los últimos años el número de sus alumnos. En Suecia viví una escena parecida, y mis últimas visitas a Casablanca y a Taiwán no han hecho sino ratificar esa impresión de casi absoluto



Gustavo Martín Garzo. © Leticia Pérez.

abandono de los profesores de español, que se ven obligados a dar sus clases muchas veces en condiciones casi heroicas.

Tampoco hay grandes ayudas a la traducción, o no las conozco al menos, y la impresión es que en este campo todo está prácticamente por hacer. No me refiero al trato que recibimos los escritores, que suele ser excelente, sino al valor real que cobran nuestros viajes como embajadores de nuestra cultura y al sentimiento que tantas veces tenemos de su inutilidad. Esta lucha por pasar de este analfabetismo funcional en que nos encontramos a una situación en que los hablantes de nuestra lengua también puedan disfrutar de ella como vehículo de gozo y conocimiento es una lucha urgente en la que todos debemos estar comprometidos, pues lo que ahora está en juego no es tanto la supervivencia de la lengua de Cervantes y santa Teresa sino de los sueños que en ella se generaron, lo que es infinitamente más grave. ■

Gustavo Martín Garzo es narrador. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura. Dos de sus más destacados títulos son *Ña y Bel* y *Mi querida Eva*.